



La importancia del padre para el hombre

Los cambios operados durante el siglo XX exigen a los hombres de hoy una adecuada integración del mundo afectivo a su identidad, de lo femenino integrado a su masculinidad.

Desde su nacimiento, el niño hombre se relaciona pasivamente con su madre. En su fantasía infantil, mientras mama, el bebé la considera a ella como el *hombre que da* y a sí mismo, como *la mujer que recibe*. Esta primera relación de piel, sumamente gratificante, lo hace experimentar el infinito placer de la dependencia pasiva y le dejará en la psiquis huellas imborrables. Al mismo tiempo, el bebé establece una profunda dependencia que lo lleva a identificarse profundamente con su madre, objeto de su primer amor.

Impregnado de lo femenino durante su vida intrauterina, al niño no le queda más remedio que crecer “a la contra” de lo que es su género. Esto no acontece con la niña, que continúa desarrollándose en la misma línea de identidad de su madre. A ello se debe probablemente que las mujeres en general tengan una identidad de género más segura y los hombres necesiten demostrar siempre cuán viriles son.

Cuanto más larga, íntima y mayor la fuente de placer mutuo de la simbiosis con la madre, mayor es la probabilidad de que el chico sea “afeminado”. Cuanto más se prolongue la simbiosis

Ricardo Capponi

Psiquiatra - Psicoanalista

madre-niño, más se corre el peligro de que se infiltre la feminidad en el hombre. De hecho, los varones transexuales han tenido una intensa y prolongada simbiosis con su madre.

La simbiosis maternal obsesiona para siempre al hombre como un peligro, que los lleva a gastar grandes energías para mantener las fronteras: dejar a las mujeres a cierta distancia es la única manera de salvar la virilidad. Somos, así, potencialmente misóginos: nuestra tendencia originaria es a desvalorizar a la mujer.

En esta génesis, la primera obligación de un hombre es *no ser mujer*. Tal es el origen de la subjetividad masculina: poner el acento en la diferenciación, en la separación, en la distancia que se establece con los demás y en la negación de sus emociones cálidas. Algunos han visto, en esta necesidad de corte y separación, el origen de la mayor tendencia agresiva en los hombres, quienes deben estar preparados desde muy temprano para rechazar, repeler o delimitar. Y se ha pensado que, en la evolución, sobrevivieron más los hombres que se separaron tempranamente de sus madres, que usaban mayor agresión al servicio de la delimitación. Aquellos en los que perduraron rasgos femeninos probablemente vivieron menos. De ahí la tendencia filogenética a la agresión masculina.

Según recuerda un informe internacional sobre sexualidad, la mayoría de los hombres no ha tenido a su padre como un ser humano próximo. Muy pocos evocan haber sido abrazados o mimados por él; en cambio, sí recuerdan cómo les pegaban o castigaban, o cómo se burlaban cuando no parecían suficientemente masculinos.

El hijo de un padre lejano o ausente, si logra desprenderse de la madre, elabora su ideal de masculinidad identificándose con las percepciones culturales de lo que es ser un hombre. A través del cine y la televisión, o los líderes de sus grupos y “patotas”, construye una imagen del “verdadero hombre” y va tratando de parecerse a esos seres lejanos e idealizados en los cuales encarna ese valor, construyendo así una pseudo identidad, frágil e imitativa. Pero cuando esta se ejerce en la intimidad del encuentro con una mujer, es pura cáscara, máscara vacía. Se viene abajo y él se descubre como un ser de mentira. En estas circunstancias, para evitar el quiebre y seguir manteniendo las apariencias, hecha mano al control, al dominio, habitualmente por medio de la agresión y el poder del dinero o de la fuerza.

INTERACCIÓN DIFERENCIADA

Los padres interactúan de modo diferente según sea el sexo de los hijos. Son más cariñosos con las niñas y más severos con los niños; más exigentes con los varones que con ellas. Son más solícitos con las pequeñas y más duros con los chicos, a quienes se les aplica más castigo físico para enseñarles a obedecer o para sancionar su desobediencia. Esta es otra de las variables que explicaría por qué los varones son más agresivos: han recibido más agresión de sus padres y, por lo tanto, se han identificado con uno de carácter violento.

Un padre cercano le permite al hombre instalar una reserva de ternura corporal con los de su mismo sexo que no estimula

el deseo homosexual —como tantas veces se malentende—, más bien ayuda a que la relación con ellos resulte integrada en la heterosexualidad. Eso le permite ejercer tranquilamente la amistad, la cooperación con otros hombres, la confianza y el cariño, disminuye la desgastante competencia agresiva. Esta seguridad en su rol vivido tranquilamente le permite al hombre integrar lo femenino, haciéndose más empático, cariñoso y valorizador de la mujer.

Además, el padre es un representante del mundo externo para el niño. En torno a él se construyen las capacidades de pertenencia grupal social, aprecio y respeto a las instituciones, y la capacidad de proyectarse adhiriendo a proyectos consensuados. Creo que gran parte de la apatía política y la falta de entusiasmo por proyectos a largo plazo, de compromiso institucional y de adhesión religiosa articulada por parte de los jóvenes de nuestra sociedad, tienen en su base la falta de una figura paterna internalizada.

Para complicar más las cosas, no existe conciencia social de esta necesidad. Y donde ello se refleja en forma dramática es en los tribunales a la hora de decidir la participación del padre en parejas separadas, que hoy son cercanas al 50 por ciento de la población.

AMPUTAR LA FEMINIDAD ORIGINARIA

El hombre actual es, en general, hijo de un padre severo, ausente o lejano, y gran parte de los conflictos generacionales actuales tiene su raíz en la falta de internalización de una figura paterna apreciada con la que se pueda dialogar y construir proyectos comunes. Este padre lejano contribuye a una inseguridad que lleva al hijo a amputar su feminidad originaria, dando lugar a la construcción del hombre duro, machista, nunca reconciliado con los valores maternos y, al final, mutilado afectivamente. Al quedar huérfano de padre, se le hace más difícil elaborar su masculinidad y tiene dos posibilidades: adopta esa virilidad de cartón que ya mencioné, y que conforma el grupo de los hombres “duros”, o termina excesivamente identificado con su madre y forma parte del grupo de los hombres “blandos”.

CAMBIOS EN EL SIGLO XX

El problema es que, a partir del siglo XX, varios cambios culturales cuestionan este rol masculino tradicional y tienen a los hombres perplejos y desorientados.

El valor de la fuerza y de la agresión física va quedando relegado a los deportes. Los problemas de recursos y de defensa se resuelven hoy desde la información, reflexión y pensamiento, no por la acción bruta. Entra a jugar un factor importante que está igualmente repartido entre el hombre y la mujer: la inteligencia.

Se reconocen los derechos de la mujer y se le da un lugar de igualdad en la civilidad desde el derecho a voto, al trabajo y a incorporarse a las actividades públicas de las cuales estaba marginada. Ella exige un vínculo de pareja simétrico y respetuoso,

con más participación del hombre en la crianza y en las labores domésticas, en fidelidad, con vida sexual orgásmica y una relación afectiva, tierna, empática y cariñosa.

Cada vez existe mayor conciencia de la importancia de la vida afectiva en la salud mental y en la constitución del carácter y de la personalidad de un sujeto.

La paternidad pasa a ser un elemento irremplazable en la constitución de la masculinidad del niño varón, y en la capacidad de sentirse atraída por los hombres, en la niña mujer.

La psicología demuestra la importancia de la relación con nuestros padres en la constitución de una vida mental sana y lo crucial de la figura paterna en el crecimiento. La paternidad pasa a ser un elemento irremplazable en la constitución de la masculinidad del niño varón, y en la capacidad de sentirse atraída por los hombres, en la niña mujer.

El matrimonio se constituye no sólo con la finalidad de procrear. Hoy la pareja pasa a ser en sí misma una fuente de realización, de sentido en la vida. A partir de los años sesenta, ella se sostiene en la medida en que la relación tenga sentido, sea atractiva y se desarrolle en una verdadera compañía, con amor, ternura y preocupación por el otro. Si no es así, un alto porcentaje se separa.

De ese modo, se descubre el tremendo empobrecimiento de la vinculación asimétrica de dominio-sumisión, tanto por parte de la mujer que no logra encontrar en el hombre un compañero —más bien un gendarme vigilante y autoritario—, como por parte del hombre que no encuentra en su mujer una compañera, sino más bien una sirvienta a la que desvaloriza. Ambas relaciones están impedidas de enriquecerse mutuamente y la pareja se transforma en un cumplimiento formal, ausente de pasión.

Pero no solo en la pareja es clave la vida emocional. También lo es, y fuertemente, en la creatividad. Cada vez se va tomando mayor conciencia del papel que juegan los afectos y las emociones en la calidad de la productividad del ser humano. Basadas en el concepto de *inteligencia emocional*, las empresas, las organizaciones, las universidades y toda institución de trabajo, han tomado conciencia de la correlación que existe entre la tranquilidad afectiva de los sujetos, sus capacidades emocionales y su manejo adecuado de los sentimientos y del impulso, y la productividad y creatividad que logran.

Estos cambios operados durante el siglo XX exigen a los hombres de hoy una adecuada integración del mundo afectivo a su identidad, de lo femenino integrado a su masculinidad.

DESARROLLO DE POTENCIALIDADES

Quienes son los portadores de la cultura y participan directamente en este proceso, son la madre y el padre. Y para que el camino a una personalidad integrada sea posible, se requiere que estos actores hayan desarrollado en sí mismos diversas potencialidades.

La madre: cercana, cariñosa, apasionada, tierna, libidinal y

juguetera, pero al mismo tiempo satisfecha sexual y afectivamente por su pareja para no sobrecargar el vínculo con el hijo, no crear dependencias y apegos seductores y enfermizos. Esa buena relación de pareja la lleva a apreciar al hombre, evitando así la tan frecuente descalificación soterrada de la figura paterna. Eso permitirá al hijo soltarse de ella en el momento necesario y entregarse al padre.

El padre: motivado a arrancar al hijo de los brazos de la madre. Un padre que, sin temor al contacto viril (sin un exceso de inseguridad en su identidad), bien identificado con su madre en lo femenino, recibe al hijo varón con ternura y cariño, en una comunicación franca y abierta, que le permita al niño identificarse con él de manera realista, emocional y afectiva, para poder así llegar a la adolescencia, donde lo reciba una cultura que no privilegie la violencia, la fuerza, la posesión y el dominio como los rasgos más valorados propios de una sociedad patriarcal, machista y fálica.

Por este camino, el joven tiene la posibilidad de que el enamoramiento que experimentará a partir de la adolescencia, se dé pleno de sentimientos amorosos y tiernos, vinculados a la femineidad. Y de esta manera, en la interacción con la amada podrá ir creciendo en la integración masculino-femenina, en capacidad de intersubjetivación e intimidad, en lucidez para conocer al otro y conocerse a sí mismo, en capacidad de contención y —al mismo tiempo— en capacidad de conjugación de todos estos elementos con la sexualidad, de tal manera que la ponga al servicio del amor y no de la conquista agresiva.

Los enamoramientos vividos con un carácter exploratorio del otro, sin la urgencia masculina de apropiación y dominación, y sin la tendencia de la mujer al sometimiento producto del temor al abandono, pueden permitir el encuentro con una verdadera compañera. Esto requiere que ella nos ayude con fuerza y carácter, no permitiéndonos el abuso machista, enfrentándonos con firmeza aunque al mismo tiempo con cariño. Con ella vamos a iniciar el camino de la adultez joven, construyendo proyectos en común, criando hijos, compartiendo una sexualidad donde predomine el amor sexual maduro por sobre la excitación que busca la descarga y el puro placer, y donde se dé una buena comunicación y contención. Y, por ese camino, podremos llegar a la edad media de la vida en una condición viril en que hayamos incorporado los aspectos femeninos que nuestra pareja, con audacia, firmeza y amor, nos ayudó a integrar. Esto requiere una mujer asertiva, con buena identificación masculina de su padre, sin temores a la agresión del hombre, que nos ayude a simetrizar la relación y no nos acepte un vínculo de dominio-sumisión.

Podremos así recibir al hijo adolescente en la última oportunidad que tiene de revisar, reparar e integrar su identidad masculina, con la capacidad de llegar a ser un padre firme y cariñoso, contenedor y tierno, que se va a constituir en una muy buena fuente de identificación, creando para las futuras generaciones un círculo virtuoso que nos va acercando a los hombres amorosamente con los hombres, y a los hombres amorosa y sexualmente con las mujeres. **MSJ**